

des censuras, y quizás a lamentables postergaciones!

¿Haciendo un nuevo banco?

¡Pero si no era más que «una miseria», lo que faltaba!

—Se le añade un peazo de tabla, y terminao—propuso un concejal.

—A mi paecer, yo no sé, pero pa mí que el banco ha de perder con eso—observó otro edil, deseoso de conservar en su primitivo estado el tradicional banco, sin composuras que lo afeasen.

—Pues algo hay que hacer. Y vosotros lo habéis de decir—añadió el alcalde, dejando a la iniciativa de sus compañeros de municipio, la solución del grave conflicto.—Si por mi es—continuó—no se ponen petachos, porque es una cosa del año de témpore, y hay que respetarla...

Los concejales, apoyando la barba en la mano, en actitud de supremo recogimiento, meditaban.

Y así permanecieron, en el más profundo de los silencios, unos momentos.

—¡Ya está!—dijo uno de ellos, que era considerado como el más listo del pueblo.

Tan listo, tan listo, que sabía cantar en la Semana Santa «los maitines de las completas, y las antífonas, y había leído mucho, ¡mucho!, en un libro que tenía en su casa, donde ponía singular, plural y Aristóteles...»

—A mí me parece que, untando con sebo el banco, él ha de medrar... Total, nada cuesta hacer una prueba... Dí tú algo, Franchó...

—¡Hombre! No has hablao mal a mi parecer... Por probar, nada nos han de llevar...

¿En qué había estado pensando el ayuntamiento, durante tantos años?

¿Cómo no se les ocurrió antes un procedimiento tan sencillo y tan eficaz?

Lamentaban su torpeza.

Y resolvieron marchar inmediatamente a la iglesia, a hacer un ensayo.

Dieron al décrépito banco edilicio sendas

friegas de sebo, en medio del mayor entusiasmo.

—Bueno; ya tiene bastante. Vamos a ver si cogemos.

¡Vaya si cogieron! ¡Y aún se podía sentar el alguacil.

Se celebró el éxito con «media», en la Sala.

—Que vengan ahora los de Cucho a cantarnos aquello:

De Añastro a Cucho

perdí un costal;

De Cucho a Añastro

lo volví a encontrar.

—¡Sí, no tienes mala! ¡Ya van a cantar, sí!

—De todos modos, a cualquiera no se le ocurre una cosa así, de balde os canseis, y no es porque estés tú delante.

¡Qué satisfecho estaba el municipio!

Llegó un día de incienso.

Con sus grandes capas de paño recio y

tieso, iban los concejales a la iglesia, por orden de cargos.

—Oye, Francho—dijo en voz baja el teniente de alcalde, que era el autor de la idea.

—No cogemos.

—Ya lo veo, ya.

—Pues ¿cómo cogimos el otro día?

—No comprendes que se ha tenío que secar el sebo, y ha menguao el banco?

—¡Toma! ¡Y es verdad!

Encogidos, prensados, sudando a mares, tuvieron que soportar el martirio del banco.

No se resignaban.

En cuanto terminó la función religiosa y quedaron solos, se quitaron las capas.

Volvieron a untar con sebo.

Se sentaron. Todos cabían.

¡Naturalmente!

—¿Lo veis? ¡Todo se le tiene que ocurrir a uno!

Fueron a Vísperas...

¡Alguna bruja andaba en el banco!

EN LA MONTAÑA ALAVESA

Las hermosas capas que abrigaron a varias generaciones, se llenaron de sebo.

No se llegó a descubrir el secreto.

Sin capa, se sentaban.

Con capa, no podían.

¿Por qué sería?

Lo que estaba fuera de discusión era que el sebo hacía medrar al banco...



T U S . . . M U S . . .

Dormitorio aldeano.

Ostentación de blancura en las paredes y en las bóvedas encaladas, cortadas por cuartones añil.

Abundantes cromo-litografías, encerradas en mezquinos marcos, bañados de infame purpurina, distribuidas con simetría: un ángel sobre una tabla, llevando de la mano a una niña; San Ramón Nonnato, de capisayos episcopales, en las costas de Berbería, con dos sacos de monedas abiertos a sus pies, y unos cautivos arrodillados ante él; San José, la Virgen de los Dolores...

Colores crudos, intensos...

Ramilletes de flores artificiales, de papel y talco; frascos de medicinas, sobre la mesa y la cómoda.

Un gran Rosario de cuentas de boj, a manera de dosel, sobre la cama...

Escapularios, estampas, fotografías...

Y en una gran cama de nogal, de alta cabecera, tumbado boca arriba, clavada la mirada en el techo, el señor Raimundo, con una barba entrecana de tres a cuatro semanas.

Otras tantas lleva a su lado, sin apartarse un momento, la señá Todora, que no deja de hacer aspavientos con los labios, con los ojos, con las manos...

—Tós los días rasos y brillosos—decía la buena mujer, monologando en alta voz, y pasando, de cuando en cuando, al diálogo --está prometiendo el médico que te has de levantar, y porfiando que no es más que una mala correa, que son los humores, y yo, ¡la verdá!, no sé qué va a ser esto...

El señor Raimundo, calla, mirando al techo, cuyos cuartones parece que va contando por milésima vez.

Está embozado hasta el cuello. Parece un erizo.

Tiene en el pueblo fama de callado, de reservado, con una pequeña dosis de misantropía.

Y es cierto. Jamás, ni en los concejos, ni en su casa, ni en la pieza, hablé, si su palabra no era precisa; y callaba, en cuanto decía lo necesario.

Esta conducta viste bien a los hombres, les presta cierta autoridad, les da cierto prestigio. Será prudencia, será recelo, serán desengaños... O también—en algunas ocasiones—pobreza mental... Pero harta riqueza demuestra poseer el que—por ese motivo—calla. Los más ignorantes suelen ser los más charlatanes...

—Ya más de veinte días en la cama—continúa la señá Todora—que te estás mismamente consumiendo, y sin dir alante ni atrás... Ya le he dicho al señor cura que no tienes ni traza de hombre, que te estás quedando en la misma figura...

El señor Raimundo sigue en silencio.

—Yo que tú, ¡oña!, hacía una prueba. ¡Como me llamo Todora Urturi! Me levantaba, y en la cocina, junto a la lumbre, buenos caldos de gallina, y no esas tontadas de vasicos de leche y de agua; y lo peor son las

añidencias, que cucharadas, que sellos....
¡Quita, quita! Eso no hace más que maliciar
la sangre, y en teniendo la sangre maliciada,
ya no puede haber cosa buena...

El señor Raimundo, inmóvil, trata de humedecerse la boca, paseando por ella la lengua...

—Si fuese una pulmonía, o un mal de corazón, no digo nada. Pero si no toseas, ni tienes un arquido, ni te duele el costao....
¡Siquiera no hubíamos llamao al médico!
Muchas veces no sabes ni cómo acertar...

El señor Raimundo mueve los labios.

Algo va a decir.

Su mujer le mira con ansiedad...

El enfermo comienza a decir sosegadamente:

—Tus... mus... tus... mus...

—¡Virgen! ¡Raimundo! ¡Raimundo!—grita, espantada la señá Todora.

—Tus... mus.... tus... mus...

—¡Ay, Dios mío! ¡Este hombre se muere!
¡Se muere! ¡Locadial! ¡Jacinto! ¡Subide pronto, pronto!

—Tus... mus...—sigue diciendo el enfermo, sin hacer caso a los gritos de su mujer.

La señá Todora se va a volver loca.

Se mueve de un lado a otro. No sabe qué hacer...

—¡Raimundo! ¡Por Dios! ¿Qué dices? ¿Qué quieres?...

Y el señor Raimundo, sin mover la cabeza, y mirando oblicuamente a su mujer. dice:

—Estoy mucho mal, Todora... me voy a morir... y no quiero que digan que me he muerto sin decir tus ni mus. Tus... mus...



LA FLEXIBILIDAD DE BRAGAZAS

El alguacil, un hombre largo y descomulgado, fué coscorroneando todas las puertas del pueblo, portador de la orden terminante del señor alcalde, que prohibía la permanencia de los vecinos en los establecimientos públicos, desde las nueve de la noche en adelante.

Había alcanzado, aún hacía poco tiempo, la vara el gran Bragazas, un hombre gordo, inmensamente gordo, como aquellos hombres, que tomaban—hace algún tiempo—una vez al día el chocolate de Matías López.

Y quiso hacer sentir al vecindario el peso de su autoridad, cerrando la brecha de los ágapes nocturnos, que ahogaban en cántaras de vino y cuartillas de ron, la moralidad pública, con detrimento evidente del buen nombre del pueblo, conquistado, en tiempos

mejores, a fuerza de abstenciones, de honradez gástrica, de un invariable recogimiento al toque de oración...

Cuando propuso la idea al ayuntamiento, se desenvolvió su razonamiento en un ambiente muy favorable.

—Mira, Bragazas—le dijo un concejal, con esa familiaridad, con que se tratan los buenos camaradas pueblerinos, sean de arriba, o sean de abajo.—Mientras vayas por ese camino, hemos de estar a tu lao, pa tó lo que se presente...

—Es verdad—asintió otro.—Las chocolatadas a las dos de la mañana, y el zurracapote a las tres, traen a mal andar a nuestros chicos... y a nuestros alorines... que después de tó, a costa de uno van las furriolas... Antier, pa no dir más lejos, me faltaron a mí dos robos de avena...

—En la taberna estarán—advirtió un tercero.

—¡Toma! En esas ya estamos.

—Los que tienen pocos cuartos—insinuó el alguacil, que tenía voz en las sesiones—y

gastan mucho... bueno, ya vosotros me entendéis...

—La culpa la tienen los taberneros—definió el alcalde.—Si ellos no amitiesen esas cosas...

—Pues ¡duro con ellos!

—Mételes una equis!

--Y que va a ser de profundis... Mientras yo sea alcalde, tó el mundo va a andar así.

Y empinó un dedo como una morcilla.

El alguacil clavó su mirada en aquel dedo alcalesco, tecleando en el pantalón con los suyos, que más parecían palillos de tamboril...

Llegó un domingo.

La señá Carlota, la mujer del inexorable Bragazas, de indiscutible vocación detectivesca, se asomó, con gran cautela, a una rendija de la ventana, a las diez de la noche, con todo el celo de una alcaldesa de conciencia...

Después de un rato de observación, vió luz en la taberna de Roque, que era el lugar de reunión de los mozos... y sorprendió movimiento en el interior.

Volviéndose hacia su marido, que libaba tranquilamente en compañía del alguacil, le dijo:

—¡Sos l' han pegao!

—¿A mí?

—A tí y a tó el auntamiento en corporación.

—No te creo, Carlota —se atrevió a decir el alguacil.

—Eso sería reirsen de nosotros —aulló Bragazas—y a buenas, lo que quieran, pero a malas... toavía no saben quien soy yo...

Se asomaron a la ventana los tres, por orden de categorías y de sexos.

—Miraide—advertía la alcaldesa, alargando el brazo por encima de las dos cabezas, y señalando con el dedo.—¿No habéis visto? ¡Otro! ¡Otro!! ¡Pero si están todos!

—¡Bueno!—gruñó Bragazas, dirigiéndose a su fiel subordinado.—¿Quieres que nos demos una vuelta por ahí' neso?

—¡Halal! Ya estamos picando...

—Tráeme el tapabocas, Carlota.

Buen policía era la señá Carlota, pero mucha habilidad hacía falta para atrapar a los mozos, que habían organizado admirablemente un turno de centinelas...

Uno de éstos adivinó lo que acontecía en la ventana del alcalde, y dió a la cuerda la voz preventiva.

A los pocos momentos vió en la calle a Bragazas, arrastrando su fenomenal bandullo, y al alguacil, al grumete del navío municipal, y dió la voz ejecutiva.

Poco trabajo costó a los mozos arrojar a la calle por las ventanas laterales, burlando la acometividad difícil de la opulenta autoridad.

Uno de ellos, que no pudo huir, se escondió debajo de la cama.

Llamó a la puerta el alcalde. Se le franqueó la entrada.

Subieron a una habitación iluminada, lle-

na de humo, con una mesa en el centro, festoneada con platillos rebosantes de ron quemado, oloroso y tentador..

—¿Cómo así?—interrogó el alcalde.—¿Pa quién es esto?

—¡Pa mí! ¡Pa quién ha de ser!—respondió serenamente el tabernero.

—¿Todo?

—¡Todo!

Las autoridades se miraron.

—Pero, bueno — continuó Roque. — Siéntensen y hagan aprecio, que más a tiempo no han podido venir. No tiene que ver una cosa con otra.

Se volvieron a mirar las autoridades. La mirada del alguacil aconsejaba benevolencia.

Y se sentó Bragazas, con gran peligro de la integridad de una silla, que lanzó un débil gemido.

El alguacil hizo lo mismo.

—Bueno; pa que no digas que tal y que cual, vamos a hacer aprecio.

Y bebieron. Y charlaron, encantados de la recepción.

Después de tres o cuatro copas, apuntó el alcalde:

—¿Sabeis que si hubiese otro pie, podríamos echar un mus?

—Si es por eso, no hay que apurarse. Aquí hay uno.

Dijo Roque. Y levantó los flecos de la colcha, saliendo de su escondite el mozo.

—Pues, vamos. Un día es un día. Claro, que esto que se quede aquí

—¡Qué cosas tienes, hombre!

—Nó; es que ya sabeis lo que son los pueblos.

Comenzaron a jugar al mus.

—¿Soy mano? A las dos paso.

—Qué paso, ni qué... ¡envido!

—Quiero y envido, y llevo pares y ¡pum!

—Amos a juar más sosegaos—suplicó el pobre Bragazas, congestionado y sudoroso.

—Voy a querer.

—Llevo juego...

—Sí.

—Sí.

—¡Ocho!

LA FLEXIBILIDAD DE BRAGAZAS

—¡Catorce!

—¡Ordago!

—Quiero y gano...

A las tres de la mañana pudo llegar a casa Bragazas, apoyado en los brazos del alguacil y de Roque, con el odre lleno de ron y de sopas de ajo...



AGUDEZAS DE LA MONTAÑA

Los atropellos indignantes de las grandes urbes, casa solariega del más odioso caciquismo, han solido ser una pequeña futesa, si se los compara con las cosas—no encuentro la palabra exacta—que hemos visto realizarse en la aldea, bajo la inspiración de los grandes caciques centrales.

Multas, destituciones, amenazas, estacazos... el arte de la faramalla electoral!

Las elecciones en la aldea se reducían a unos exámenes de ingenios.

El más listo, el más diablo, ganaba la elección.

Estaba el pueblo profundamente dividido.

La proximidad de las elecciones afilaba el ingenio de los aldeanos más diestros en todo género de picardías electorales.

El sistema de los embuchados, rotura de urnas, combinaciones con el reloj, detenciones arbitrarias... estaba desacreditado.

Y la lucha se presentaba difícil para el grupo de Uralde.

—Como sos dejeis llevar el ata—les había advertido—nos' mos de ver aquí' nesto. Se l' han de querer llevar toa rasa, que son más torcidos que una hoz...

Raimundo—cabecilla local de la otra facción—dió también las oportunas instrucciones a los suyos:

—¡Caso en diez colorao! Cuidade la urnia, que esos son peores que la avena mala.

El día de la elección.

Tres amigos de Uralde, largos... largos... doblados por el peso de unas enormes capas de paño, se acercan al colegio momentos antes de la hora del escrutinio.

Van hablando de asuntos aldeanos, por charlar de algo.

En la aldea, los asuntos de charla son muy limitados.

Entran en la Sala, sin dejar de hablar.

La mesa—aburrida—toma parte en la conversación del trio soberano.

De pronto, uno de los electores, con más concha que un galápago, dice, como preocupado por una idea obsesionante:

—Pues si la escuela tié que tener, quieras que nó, quince metros... pues una cosa así como esto...

—¡Ande vas a parar, hombre! ¿De onde sacas tú quince metros?

—No porfíes, que pué que los tenga...

—¡Que sí!

—¡Que nó!

—¡No te juarás una azumbre!

—¡Ya está juada! Y a verlo ahora mesmo.

—Ahí' neso hay un metro...

Todos los presentes se disponen a comprobar si la Sala tiene o nó los quince metros.

Uno de los electores de capa, procede len-

tamente a la operación, inspeccionado por todos los demás.

En cuclillas, frotando el suelo con las narices, velan por la exactitud de la medición.

Mientras tanto, otro de los electores de capa se ha acercado disimuladamente a la mesa, ha dejado sobre ella una urna que llevaba bajo la capa, y se ha apoderado de la auténtica, sin que nadie se haya dado cuenta del escamoteo.

No sé si eran quince—o más, o menos—los metros.

Ni lo saben los *interesados*.

Al poco tiempo de haber terminado la operación, dieron las cuatro en el reloj de la villa.

Se llenó de aldeanos la Sala.

El presidente dió comienzo a la lectura de las papeletas:

—Don Casimiro Martínez del Trompón...

Indiferencia en la Sala.

Ese señor era el candidato de Uralde.

—Don Casimiro Martínez del Trompón...

Iba ya leyendo ocho o diez papeletas, y todas ellas decían lo mismo.

Comenzaron a alarmarse los amigos de Raimundo.

El presidente, que pertenecía al grupo de Uralde, leía con una entonación ultra-académica:

—Don Casimiro Martínez del Trom... ¡pón!

Daba a este «pón» final tal entonación, que sonaba como un cañonazo en los oídos de los contrarios.

El escándalo fué uno de tantos escándalos característicos de aquella época desdichada.

Ya de noche, cantaban los mozos, rondando la casa de Raimundo:

Dicen los del contorneo
que aquí' nesto hay devisión,
y todo el mundo ha votado
a Casimiro Trompón.



UNA SOLUCION INGENIOSA

Desde que Cleto—el último vástago de la feliz pareja—contrajo matrimonio, y se instaló definitivamente en casa de su mujer, en Uzquiano, lindo pueblo del Condado de Treviño, el Señor Lorenzo y la señá Eulalia renunciaron al empeño, que fué—hasta entonces—norma de su vida heroica: un ahorro escrupuloso, intenso, a fuerza de trabajos y dolorosas privaciones...

Gracias a ese sistema, lograron dotar bien a sus hijos, para que pudiesen comenzar a montar decorosamente sus nuevas vidas.

Y aún quedó para ellos una pequeña hacienda, que les permitía vivir modestamente, cultivando la huerta, criando terneras, vendiendo cabritos, novillos y muleros...

Tenían cuartos, trabajaban poco, comían y vestían bien, gozaban de buena salud, eran estimados en el pueblo...

Pero la felicidad no está en la tierra. Y si alguna vez nos saluda, lo hace muy ligeramente. Siempre tiene prisa por alejarse de nosotros, por ir engañando a todos los hombres que la esperan.

El diablo—listo, travieso, malvado—estudió el caso del señor Lorenzo y la señá Eulalia.

Y—como *buen amigo*—les aconsejó que así, de vez en cuando, no vendría mal un traguito de vino; que harto habían abusado del agua de la *Fuente Rica*; que cuando el cuerpo comienza a arrugarse, conviene estirarlo y animarlo con algunos toques de porrón...

Cuando logró que los abstemios rompieran su eterno ayuno, les fué aficionando traidoramente al vino, secando—con su aproximación—las fauces de los aldeanicos, y deparrándoles género exquisito de Elciego o Barriobusto.

Aquella casita, blanca y risueña, donde en-

traba—gozoso—el sol, a participar de la alegría de los viejos, ha perdido mucho de su encanto.

Hasta el yeso de las paredes es menos blanco, y el suelo menos limpio, y las caras más mustias, y el sol más serio y esquivo...

Claro es que un amor recio y profundo no se rompe fácilmente.

Pero si alguna vez se impone una protesta de ese amor, la frase muere en los labios, o brota, temblorosa, como dudando de su misma sinceridad.

En cambio, juegan mucho en los diálogos las burletas, las chanzas, las bromas, por las que los ancianitos llegan hasta a molestarse mutuamente.

Si la señá Eulalia—para cortar un conato de *mitin*—se va a la *Fuente del Cura* con su cantarico, a la vuelta no tiene más remedio que escuchar la copla, que—guiñándose el ojo a sí mismo—canturreará el señor Lorenzo:

Cuando vas a la fuente,
vete tiesica,

pa que digan los chicos,
¡vaya qué chical!

La señá Eulalia tiene a su lengua. Con la lumbre de sus ojos podría su marido encender el cigarro que termina de liar, para temprar los nervios.

Y en plan de franca lucha, la señá Eulalia canta también la suya:

Aunque su santo no esté
escrito en el repertorio,
a cualquiera se le ocurre
que será San Vejestorio.

El marido—más ecuánime—continúa el duelo, pero inspirándose en una intención más impersonal:

Cuando Dios creó al erizo,
lo creó de mala gana;
por eso el animalito
tiene tan suave la lana.

Y remata su copla con una carcajada, que desconcierta a su mujer...

Y así todos los días...

¿Qué misterio encierra esa continúa pelea

entre quienes no hacían más que mirarse y complacerse mutuamente?

La feliz pareja se había acostumbrado a beber más de lo prudente.

Nadie les había visto en la calle en forma inconveniente. Jamás habían dado el espectáculo vergonzoso de los borrachos...

Pero lenguas murmuradoras aseguraban que en su casita se ponían buenos...

El señor Lorenzo y la señá Eulalia se dieron cuenta del gravísimo riesgo que corrían, y resolvieron poner un remedio serio, el remedio que les aconsejase un buen director de almas.

Efectivamente. Cada uno, por su lado, consultó el caso, haciendo ver el mal hábito que había adquirido, y lo arraigado que estaba.

La obligación que se les impuso fué no volver a nombrar al vino, no volver a pronunciar esa palabra.

La abstención era un verdadero martirio.



Pero habían prometido en firme observar lo mandado, y había que soportar las consecuencias de la promesa.

Esa era la razón del mal humor, de las coplas lesivas, de la irritabilidad y agresividad de los cónyuges...

En más de una ocasión asomaba a los labios la palabra fatal, la palabra vitanda... pero al momento volvía—insalivada—a sus antros oscuros, sin haber logrado romper la promesa.

Llegó el día de Nochebuena.

El matrimonio tenía excelente humor.

Eran ejemplares cristianos, y la noche de Navidad forzosamente había de regocijarles.

Comieron un buen plato de patatas. Tras eso, un trago de agua cristalina.

Charlaban con la mayor animación.

La señá Eulalia puso en la mesa un gran trozo de bacalao, asado.

Los viejitos se miraban con insistencia.

Sin duda, los dos coincidían...

La sal del bacalao reclamaría una intervención, y no precisamente del agua.

Además, era la Nochebuena...

Se miraban... y comenzaban a sonreír... y a reír francamente...

Había que hacer algo. Se imponía un trago. Pero no se podía pronunciar la palabra odiosa.

La señá Eulalia comenzó como a querer silbar, y a mirar al techo, y a hacer muecas... y dijo tímidamente:

—¡Qué bien vendría esto
pa con *aquello*...

—¡Pues toma la jarra
y vete por *ello*!...

terminó resueltamente el marido.

Y bebieron con moderación. Sus escrúpulos fueron desvanecidos, porque no se les prohibió beber, sino nombrar al vino.

Y volvió a ser blanca la casita, y volvió a jugar el sol con las flores de las macetas...



EN EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER

El señor Ulpiano—barrigudo y gracioso—se apoyaba en la pequeña anaquelera, llena de botellas, tarros, barras de jabón, alpargatas...

Don Manuel, el señor cura del pueblo inmediato, y que servía a este, se detuvo junto a la puerta del bazar aldeano.

—Ya me lo han dicho, don Manuel... Pues lo siento de veras... porque una madre... no es una cosa cualquiera, y en perdiéndola...

—Ciertamente. Hay que confiar en Dios... Y resignarse... No es esta nuestra patria. Hoy vivimos, robustos, desafiadores... y mañana apesta nuestro cuerpo, que se descompone...

Hubo una pausa.

El señor cura continuó:

—Y lo triste es que sobre la preocupación que me da el estado de mi pobre madre, he

de añadir la inquietud natural que se siente, cuando se está lejos de la parroquia...

—Sí, ya sabemos que lo que no ocurre en diez años, ocurre en un día. Pero me parece que por dicho de eso...

—Si esta parroquia no estuviese vacante, yo estaría mucho más tranquilo.

—Pero, ¿pa qué necesitamos cura, estando tan bien servidos?... Y no es porque esté usted delante...

La modestia del cura estuvo a punto de sangrar.

—Dígame usted—continuó el opulento vecino—; ¿qué podemos pedir? Cuando un cura cumple con su deber... Me gusta que en la iglesia marche todo derecho. Y mejor que ahora, me parece que ya le costará.

—Pero puede haber un caso urgente, durante una ausencia del cura; un accidente mortal... Y aunque esté yo en el otro pueblo, para cuando llego aquí...

—Tenemos buenos caballos. ¿No ha visto usted galopar a mi mohino? Podía plantarse aquí'nesto en dos minutos. Y además, cuan-

do el cura es como es... y no me gusta apon-
derar por adelante... la gente se anda con mu-
cho tiento. Y eso vale mucho.

El señor Ulpiano era considerado en el
pueblo, como un capataz del diablo.

¿Cuándo y cómo se había realizado el mi-
lagro? Porque milagro parecía aquel fervor
encendido con que hablaba.

Dos horas más tarde.

En la taberna del pueblo. Circula el por-
rón de mano en mano. La charla va crecien-
do en interés y en ruido.

Al señor Ulpiano no le falta más que la
campanilla, para estar en carácter.

—Pues yo no voy en esa comisión. Ya sos
tengo dicho que yo no pido cura. Y el que
vaya es un beato. ¡Eso es! A mí me tienen
sin cuidao esas cosas. Y además, que con el
que tenemos nos sobra...

—Pero, ¡re... miendo!, ¿y si tié usted una
mala correa? ¿Qué vida?

—¿Y me la va a arreglar el cura? ¡Amos,

hombre! Pa eso, llamaide al médico y hacei-le un palacio. ¡Qué cuonian!

—Pues nosotros hemos visto siempre cura en el pueblo, y queremos tenerlo. ¡Y ná más!

—Pues por mí, así no viniese ni el que nos viene. Que pa un día o dos que viene a la semana, buena paga se cobra... Ahora mesmo ha hecho correr el cuento de que su madre está enferma, y no es más que pa que no digamos. ¡Si sabremos lo que pasa!...

—Lo que sabemos es ande te duele a tí. Tú no quieras que venga cura, porque te va bien con la pieza cural, que pa la renta que pagas...

Bailaba furiosamente el vientre voluminoso del señor Ulpiano.

Don Manuel salió de su casa, de la casa de sus padres, con los ojos bañados en lágrimas.

No volvió la cabeza para despedirse de sus familiares, que se asomaban a las puertas y a las ventanas.

Todos ellos estaban tristes y llorosos.

Arriba agonizaba la madre idolatrada.

Con el corazón destrozado, se despidió don Manuel de su madre, que le dijo, apretándole las manos, en una despedida dolorosa:

—Sí, vete, hijo mio. Es tu obligación. Por la oración continuaremos juntos. Yo voy a morir contenta, pues creo que he cumplido con mi deber...

Don Manuel iba a cumplir el suyo, que, en esta ocasión era realmente cruel.

No podía bendecir la tierra que iba a ocultar muy pronto el cadáver amado de la madre!...

El era padre de un pueblo, y sus hijos le aguardaban.

Era domingo al día siguiente, y no había más remedio que celebrar el Santo Sacrificio en las dos aldeas, cuyo pastor era.

Quien tuvo suficiente valor para alejarse de su madre moribunda, no se había de acobardar ante la gran dificultad que se presentaba.

EN EL CUMPLIMIENTO DEL DEBER

La nieve había borrado los caminos y sendas, que tenía que atravesar para llegar a su aldea.

No había una huella, ni un rastro, ni un punto que le orientase.

Todo parecía una sábana de nieve.

Se acercaba la noche, y aún tenía que atravesar una sierra.

Rezaba el Rosario, mientras caminaba, orando por su madre a la Virgen, la madre más tierna de todas las madres...

Domingo.

Don Manuel no había llegado al pueblo.

No faltó quien censurase al cura, al pobre cura, que por amor a sus feligreses y a su santo ministerio, aceptó dos sacrificios, a cual más dolorosos.

—¡Qué templao!—decía un vecino, que había sido acemilero en el servicio—así, cualquiera es cura...

—¿No sos lo dije?—añadió, triunfador, el señor Ulpiano.

Pasaba el tiempo, y el señor cura no llegaba.

Ni llegó al siguiente día, ni al otro...

Y después de varios días, le encontraron enterrado en la nieve, con el rosario entre las manos heladas...

Todo el pueblo—dolorido—asistió a los funerales.

Lloraba como un niño el señor Ulpiano, cuando sus manos temblorosas arrojaron un puñado de tierra, que antes había besado, sobre la tumba donde iba a quedar escondido el cadáver del buen pastor...



LA CAZA DE PALOMAS

En la primera decena de octubre los amateurs de la caza se disponen a la batida que ha de prolongarse hasta que termine la emigración de las palomas.

Hay que reparar las chozas, esos edificios rústicos, que defienden relativamente del agua y del viento, amueblados con unas banquetas confortables a fuerza de helecho, y agujereados por discretas mirillas, necesarias para inspeccionar... y para disparar.

Los árboles vecinos han de estar dispuestos en forma conveniente. Que las palomas no se espanten, y se pongan a tiro. Y que vean trabajar a las *ciegas*.

El cazador entra en Izkitz—la hospedería de las palomas—como un colonizador en la tierra en que se va a instalar. Durante el paso de las palomas, allí está su casa; la choza es su única preocupación. Lleva su escopeta,

con todos los útiles de la caza; lleva también un hacha, cuerdas, comestible, bota *preta* de vino, y unas cuantas palomas... las *ciegas*, las que han de llamar a las emigrantes.

Si se llevasen palomas torcaces, para hacer el reclamo, y no se tomase ninguna precaución, el resultado sería nulo. La torcaz, al ver a sus compañeras, haría tales esfuerzos por huir con ellas, que, en vez de atraerlas, las espantaría. Para evitar eso, algunos cazadores crueles les pinchaban los globos de los ojos, y quedaban ciegas. Los cazadores de la montaña son más humanos. Les cosen los párpados, y—al terminar el paso—las palomas vuelven a ver.

Antes de llegar a Izkitz, el cazador ha pronosticado el resultado del día. Le orienta en sus cálculos la dirección del viento, y el aspecto del cielo.

La primera labor consiste en colocar a las ciegas sobre unas paletas, que se columpiarán oportunamente, al tirar el cazador de unas cuerdas que van sujetas a las paletas, y cuyos cabos terminan en la choza.

Estos cazadores tienen vista de lince. Cuando los profanos vemos el cielo completamente limpio, ellos ya divisan a una distancia fantástica una enorme bandada de palomas, que—aún después de avisarnos—vemos con gran dificultad.

Tan pronto como la bandada entra en la zona de influencia de las ciegas, comienza el jaleo de la choza.

No se puede hablar, no se puede reir, apenas se puede respirar. El que se encontraba fuera, que se tumbe en tierra. Los *mirones*, que no estorben.

El cazador anda de un lado a otro, en lo que cabe, dadas las dimensiones de la choza. Sus brazos no descansan. Tira de una cuerda. Tira de otra. Ahora, la que mira al solano. Luego, la que está cara al castellano.

Y la paletas suben, y—con ellas—las palomas. Al abandonarse la cuerda, la ciega baja—a ocupar su posición normal—batien- do las alas.

La bandada de palomas observa ese movimiento, y su instinto le engaña miserable-

mente, diciéndole que allí—donde se posan aquellas hermanas—hay pasto, hay bellotas.

Y cae sobre los árboles, que rodean a la choza, una nube de palomas.

El cazador prepara su escopeta, apunta, y... ¡pum!... Una, o dos, o tres palomas, caen heridas o muertas.

Y así todo el día, si el día es bueno.

Al iniciarse la noche, regresa al pueblo, con toda la batería que llevó, más las palomas, víctimas de su puntería...

Unos cazadores de Vitoria, amigos de Goyo, llegaron a nuestro pueblo, dispuestos a interceptar con plomo la línea aérea de las palomas.

No deja de ser una tentativa audaz.

Goyo es muy travieso. Y es un buen aficionado. Sus amigos, confiando en su entusiasmo por la caza, no se preocuparon de las diabluras que se le pudieran ocurrir al montañés agudo.

Los de la ciudad no conocían este sistema

de ciegas y chozas. Habían cazado muchas palomas, pero siempre a vuelo.

Aquella caza exige un gran dominio en los disparos por descargas. Todas las escopetas han de disparar a un tiempo, en el momento en que da la voz convenida el que dirige la caza.

No había, pues, más remedio que ensayar, antes de ir al monte, para adiestrarse en los disparos simultáneos.

Goyo, que había de llevar en la choza la voz cantante—al que dirige la caza se le señala por «el que canta»—había de disponer también, en toda regla, los detalles del entrenamiento.

La casa de Goyo tiene cuatro luces. Cuatro ventanas, orientadas a otros tantos lados, se comunican entre sí por dos pasillos en cruz.

Situó a los cazadores en las ventanas, colocándose él en el centro de la cruz.

Eran las nueve de la noche.

—Bueno; cuando yo pregunte «¿estáis?», decís que sí, si tenéis una pieza, o las que sean, a tiro. Cuando diga «¡pis!», apuntáis

bien y preparáis el gatillo, y, al decir enseguida «¡pum!», disparáis a una.

Todo estaba dispuesto.

Por las cuatro ventanas asomaban cuatro cañones.

—¿Estáis?

—¡Sí!—respondieron los cuatro cazadores.

—¡Pis!... ¡Pum!

Brrrrruuummm... En el silencio de la noche resonó un estampido formidable.

—Nó; no está eso bien. Tú, Esteban, me parece que te has adelantao. Otra vez.

Pausa.

—¿Estáis?...

—¡Sí!

—Ojo, ¿eh? A ver: ¡Pis!... ¡Pum!

Otra descarga, que hizo trepidar al pueblo.

Nuevos reparos de Goyo, y profundas consideraciones acerca de las piezas que se pierden, a causa de la precipitación o el descuido en disparar...

Lo que ocurrió fué—y esto era lo que perseguía Goyo—que a las doce de la noche aún seguían entrenándose, en medio de un es-

pantoso alboroto de caballos que relinchaban, perros que ladraban, gallos que cantaban, vacas que mugían, críos que gritaban y viejos que protestaban desde sus lechos, ante la humorada de algún diablo que armaba aquella algazara tan intempestiva...

Y consiguió además—supongo que también esto entraría en su plan—que las municiones sufriesen un quebranto lamentable. No quedaban más que cuatro o cinco cartuchos a cada uno.

Pocas hazañas podían realizar con aquello.

Goyo les había «juao la pieza».

—¿Cómo andáis de municiones?—les preguntó, cuando se disponían a acostarse.

—¡Pehs!... Bien...

Goyo y Ramiro tienen una choza común. Hace ya años que vienen disfrutándola ambos.

Es muy pintoresco el camino que conduce a la choza de Goyo y Ramiro.

Cazarro adelante, pasando por los robles

grandes, se llega a la Majada. Ya en la orilla de Izkitz, se toma el camino de Bajauri, y, enseguida, la sendica que va subiendo hasta la choza.

Es un gran observatorio. Se domina desde ella todo el monte, y un amplio horizonte que cortan montañas lejanas. Su elección acredita a Goyo y Ramiro de buenos estrategas.

A las seis de la mañana ya estaban en camino los cuatro forasteros y los dos asesores. No tardaron una hora en llegar a la choza.

Un trago, un cigarro... y a colocar las ciegas.

—Esta *cana* es de primera—decía Goyo, mientras sujetaba la paleta al árbol.—Puede que no la diese por media onza... Hace seis años que trabaja conmigo, y aún, aún...

—Pues esta de la corbata pinta no le tiene envidia—reparaba Ramiro...

—Toavía tiene que trabajar mucho, pa cuando llegue a esta...

—Y de esa que parece que tiene reuma—preguntó, con sorna, un vitoriano—¿no tenéis nada que decir?

—Eso del reuma lo váis a ver pronto... Por más que hoy puede que no hagamos cosa buena... Este viento nos va a reventar.

Seguramente lo sentirían en el alma los montañeses, más que por la anulación del día, porque no habría lugar al lucimiento, a la exhibición de sus ciegas...

La labor, la «pericia» de las ciegas es un factor importantísimo en el éxito de esas jornadas.

Por ello, los cazadores las miman con cariño, las acarician, llegan a «tenerles ley».

Si enferman, toda la atención del cazador está en su curación.

Cuando muere una ciega veterana, es posible que alguna lagrimilla corra por la mejilla del cazador...

Mientras los prácticos colocaban las ciegas en sus árboles, los ciudadanos cuchicheaban en la choza, en la que entraron aquellos, una vez terminada su tarea.

¿Reservaría Goyo alguna travesura para última hora?

No era de esperar...

—¿Cómo andamos de municiones?—preguntó.

—Mal; no tenemos más que a cuatro cartuchos por barba.

—¡Por vida de...! ¡Así no se viene!

—Nó; si a tu casa no vinimos así. Pero los doscientos tiros de anoche...

—Dale con los tiros de anoche. ¡Si aquello era preciso!

—Sí, ¿eh?

—Pues ¡claro! Y el caso es que yo no he cargao cartuchos, creyendo que vosotros vendríais bien preparaos...

Y guiñó el ojo a Ramiro...

También los cazadores se miraron...

A pesar de tratarse de tan buenos camaradas, sin embargo, se advertía allí un ambiente de recelo...

Comenzaron a oírse tiros.

—Son los de Urturi—advertía Ramiro.

Más tiros.

—Esos son del puerto de Marañón... ¡Esos siempre han de estar tirando, aunque sea a los gorriones!

Pronto se oyeron los tiros de Tanis, el «as» de los cazadores, el mago de Senabarra.

Luego, los de Félix y Rufa... Más tarde, acusaban su presencia en su choza Maxi y Aranguiz...

Y apareció—muy lejos—una formidable bandada.

—¡Palomas!—gritó Goyo.

De un brinco se levantaron, asomándose a sus correspondientes mirillas.

¡Cómo trabajaba la *cana*!

¡Con qué serenidad batía sus alas la de «la corbata pinta»!

Y aquella, *acusada* de reumatismo, con qué solicitud se movía, llamando a sus hermanas emigrantes!...

La bandada evolucionó sobre la choza, como enterándose de la seguridad del lugar, y originando caprichosas combinaciones de letras y figuras geométricas.

Y se posaron ruidosamente sobre los árboles, que quedaron cubiertos de un manto ceniciento.

Los cazadores no respiraban. Con un cui-

dado y una «monada» exagerados, levantaron sus escopetas y apuntaron...

Y Goyo—al mismo tiempo que decía «¿estáis?»—dió disimuladamente un golpe a la cuerda de una paleta, y la ciega—al levantarse—espantó a la bandada, que huyó a una velocidad fantástica, quedando burlados todos los cazadores...

—¡También tiene esto alma!—rugió el perillán—¿Quién ha sido?

Era inútil. Sabían todos perfectamente que el travieso había hecho una de las suyas.

—¡Pero si yo no he tocao la cuerda!...

Continuaban oyéndose los disparos de las chozas vecinas.

No tardó mucho en llegar otra bandada. Se tiraron todos a sus escopetas.

—A ver si alguno vuelve a descuidarse—advirtió Goyo.—¿Estáis?

—¡Sí!

—¡Pis!... ¡Pum!

Una descarga cerrada.

La bandada huyó, alocada. Y las cuatro ciegas colgaban—muertas—de sus paletas..

La venganza de los cazadores burlados fué sangrienta.

El amor propio de Goyo quedó herido en lo más vivo.

Pero, como—además de travieso—era buen cómico, fingió una absoluta indiferencia ante la catástrofe, que le llegaba al alma.

—Eso es lo que tiene el no estar prácticos...

—Hombre, nosotros...

—Nó; si ya lo comprendo... Pero... ¡las cuatro! ¡También mi *cana*!...

La serenidad teatral de Goyo corría un riesgo gravísimo. Le faltaba poco para romper a llorar, o para liarse a culatazos con los asesinos...

Prefirió no tocar más ese asunto, y distraerse, comentando bagatelas.

Ya nada se podía hacer. Salieron de la choza. Y se pusieron a comer con todo sosiego...

—¡Mejor sería que no comiéramos por eso!... Pues si estas se han muerto, ya vendrán otras!...

Poco antes de terminar la comida, llegó

Colás, el hijo mayor de Goyo, un mozo listo, como su padre. Este, después de hablar a solas un momento con su padre, emprendió el regreso al pueblo.

Antes de declinar el sol por el portillo de Urarte, entraban también en el pueblo los cazadores fracasados.

El estoicismo que aparentaba Goyo, tranquilizaba a los forasteros...

Pero el señor Miguel, un señor que había sido alguacil, derribó aquella tranquilidad con estas palabras:

—¡Densen ustedes presos!

—¿Cómo presos?—preguntó Goyo.—¿Quiénes quedan presos?

—Todos rasos!...

—Pero ¿por qué? Si estos señores han venido ayer, y no han podido hacer nada, y nosotros...

—Aquí'nesto manda la autoridad, y cuando la autoridad manda lo que manda, los demás no tienen que chistar...

—Pero, Miguel...

—Todos rasos! ¿Se han creído ustedes que

se puede hacer en este pueblo lo que se quiere?

—¡Pero si nosotros no hemos hecho ni lo qué hemos querido! Ya ves: hemos ido por palomas, y venimos sin muestra...

—Anoche matarían ustedes bastante, mientras no nos dejaron dormir a los vecinos...

—Señores—dijo Goyo.—Nos detienen por los ensayos de anoche. Es una mala partida...

—Pero nosotros no estamos para perder el tiempo mientras se rectifican las malas partidas—advirtió un forastero.

Miguel, inflexible, se llevó a todos a la cárcel del pueblo, donde acariciaron los rostros, bien afeitados de los ciudadanos, unas suavisimas telarañas, y les divertieron con sus correrías monísimas unos juguetones ratoncitos.

—Esto es cuestión de caciquismo—les decía Ramiro.

—Y el caciquismo de aquí no tiene bromas—añadía Goyo.

—Bueno, pero me figuro que se aclarará todo, y saldremos pronto.

—Eso de salir... eso de salir... acaso nos cueste.

—Y si...

Un forastero señaló el bolsillo de la cartera.

—Así, inmediatamente.

—Y... cuánto...

—Por los cuatro... qué sé yo... pero unos cuarenta duros...

—¡Hombre! Eso es intolerable!

—Sí, sí... pero...

—Y ¿qué hacemos?

—¡Qué hemos de hacer! Marchar cuanto antes a casa, cueste lo que cueste, no sea que nos armen alguna otra.

—¡Que son doscientas pesetas!

—¡Que sean!

—Oye, Goyo; y cómo haremos eso? Porque a mí me da cierto reparo...

—Nó, hombre, nó! Venga el dinero, y...

—¿El dinero? Te lo daremos en la calle; aquí, nó.

—¿No hay confianza, o qué? Pues apañaos estamos!

Goyo habló con Miguel. Miguel salió a la calle. Volvió.

Y salieron de la cárcel, sin gana de volver a probar la caza de palomas con ciegas...

Soltaron los cuarenta duros, y marcharon, sacudiendo el polvo de los zapatos...

—Nos l'han querido pegar—decía Goyo, ya de noche, en la taberna—pero l'han errao. Nos han matao cuatro ciegas... ¡Lo siento por la cana! Pero las hemos cobrao bien... Toma, Ramiro; veinte duros son tuyos...



LAS ASPIRACIONES DE LA MONTAÑA

El aislamiento en que se encuentran estos pueblos de la montaña, ofrece ese encanto singular de lo inexplorado, esa deliciosa fisonomía monacal, muy estimable, cuando el espíritu—que ha observado y ha condenado el barullo, la agitación, la frivolidad fachendosa de las poblaciones—quiere concentrarse en el castillo interior, y gusta de la reflexión serena en un ambiente de silencio, de paz, de recogimiento.

Pero hay que sacrificar el bienestar privado, cuando lo exigen las necesidades de los pueblos.

Estos pueblos que me han obsequiado con el sosiego religioso de su mecanismo rudi-

mentario, con las tranquilas características de una vida sin complicaciones disipadoras, sin purulencias morales, sin ruidos turbadores, tienen grandes necesidades, que—a pesar de ser grandes—pueden cubrirse con pequeños esfuerzos...

Quiero cerrar mi obrita, recogiendo el clamor de la montaña amada, deteniéndome ante una de esas necesidades, cuya solución determinaría automáticamente otras soluciones.

Desde hace largos años vienen pidiendo un camino vecinal, que facilite sus comunicaciones con los mercados.

Es tierra fecunda la tierra de estos pueblos; y sus hombres son intensamente laboriosos y emprendedores.

Pero, ¿cómo van a realizar sus empresas, si los torcos de las sendas mezquinas y arcillosas impiden el tránsito de las carretas, agotan la fuerza de las parejas, sofocando toda iniciativa?...

El cultivo intenso y amplio de la tierra, la

selección de géneros de grandes rendimientos económicos, los entusiasmos por la repoblación forestal, las empresas industriales, los adelantos del pueblo, la explotación de toda riqueza... exigen cierta facilidad en las comunicaciones.

Estos pueblos han solicitado—repetidas veces—el apoyo de las corporaciones encargadas de promover la prosperidad de aquellos.

Pero—sin duda—las promesas mueren, al formularse.

Los montañeses—ingénuos, crédulos—han venido acariciando grandes esperanzas, amparados en las promesas que se les hacían...

Pero hasta ahora, nuestros proyectos han tenido el carácter de «proyectos de carreteras electorales».

Los pueblos manifiestan su aspiración, que nada tiene de descabellada. El candidato lamenta la situación en que se encuentran, redondeando unos períodos, decorados con trémolos de exquisita emoción, *promete* ponerse al servicio de una causa tan justa... y los al-

LAS ASPIRACIONES DE LA MONTAÑA

deanos regresan—triunfadores—al pueblo...

Y para que vean que esas palabras no son tan vanas, como las que hasta ahora han anunciado la realización del proyecto—burlando la candidez de los montañeses—un día vienen unos señores de corbata y sombrero; traen unos banderines, que irán colocando en determinados puntos; toman notas en un block; consultan algunos extremos con los vecinos... y acuerdan la línea que ha de seguir la nueva carretera...

Pasa la época electoral, y siguen *entorcándose* nuestras carretas...

No es justo que a estos pueblos—dispuestos a contribuir con prestaciones muy apreciables—se les niegue *de hecho* la concesión del camino vecinal.

Estoy escribiendo estas líneas, cuando se me dice que vuelve a suscitarse el asunto del camino vecinal.

Y que la Diputación alavesa se coloca en un buen plan, que permite acariciar la esperanza de que pronto llegará una carretera hasta Arlucea o Marquínez.



La gratitud de la montaña es de más valor que el esfuerzo exigido por la construcción del camino que se pide.

Ahora, vosotros, montañeses, tenéis la palabra.

Tened en cuenta que los grandes ideales no se realizan sin sacrificios...



INDICE

	<u>Páginas</u>
A mis amigos de Arlucea y Marquínez.	7
Las bellezas de la montaña.	11
ENERO	25
Febrero.	30
Marzo	36
Abril	40
Mayo.	46
Junio	52
Julio	57
Agosto	63
Septiembre.	69
Octubre	74
Noviembre	79
Diciembre	84
MI ALDEA	93
El antiguo montañés.	97
Los montañeses de hoy.	103
La ermita de la montaña.	109
Psicología del montañés.	114
Los niños de la montaña.	126
El domingo en la montaña.	132

Recuerdos de antaño.	137
COMO LOS TRILLOS.	143
¡Cuándo nos volveremos a ver!	150
Los alegatos del tío Borrasca	157
Grillo, afortunado	164
Yo, tres, y tú, dos.	174
¡Vaya un pisito, mi amigo!	180
La venganza de Pacho.	185
Milagros del sebo.	193
Tus... mus...	190
La flexibilidad de Bragazas.	204
Agudezas de la montaña.	212
Una solución ingeniosa.	217
En el cumplimiento del deber.	224
La caza de palomas.	231
Aspiraciones de la montaña.	248





ERRATA IMPORTANTE

En la página 21, línea 21, se dice: «...siendo José Obispo de Pedro en Calahorra». Debe decir: «...siendo Juan de Pedro (Pérez) Obispo en Calahorra».
